

DE LAS AZORES A WASHINGTON

LA DEVALUACION DEL DOLAR
Y EL SISTEMA MONETARIO

LA moneda norteamericana no es una moneda como las otras; para utilizar una célebre expresión de George Orwell, el dólar es más igual que las demás monedas. Esto es así no necesariamente por la voluntad de los hombres, sino por la naturaleza de las cosas.

En el pasado mes de agosto había una superabundancia de oferta de dólares en los mercados y una insuficiencia de demandas. Para mantener la paridad habría sido necesario que los Bancos centrales extranjeros estuviesen dispuestos a acumular dólares indefinidamente. A partir del mes de mayo, el Banco Central de la República Federal Alemana se negó a ello. Así las cosas, no quedaba otro recurso que la devaluación del dólar.

Pero no se devalúa el dólar de la misma manera que se devalúa el franco, o inclusive la libra esterlina. En el sistema monetario de ayer, y es posible que en el de mañana, el dólar, moneda de la economía más poderosa del mundo, ocupa un lugar fuera de lo común. Todas las paridades monetarias fueron revisadas el día en el que el valor del dólar se convirtió en objeto de especulación (en los dos sentidos de esta palabra). Los dirigentes de los países industriales se quejaban con razón de los déficits de la balanza de pagos de Estados Unidos y vislumbraban también con inquietud las consecuencias de una modificación de las paridades monetarias.

Si la revalorización de una moneda reduce el costo de las importaciones, aumenta, por otra parte, el costo de las exportaciones. Por tanto, se corre el riesgo de que estas últimas se vean frenadas y, en un período de recesión, existe el peligro de que aumente el desempleo. Desde el momento en que los norteamericanos se resignaron a devaluar su moneda con relación a las demás, las posiciones cambiaron totalmente.

Los norteamericanos tenían aparentemente un gran interés en fijar una tasa elevada y los japoneses o los europeos una tasa tan reducida como fuese posible. Además, los porcentajes de apreciación de las diversas monedas con relación al dólar no podían ya ser los mismos.

Las discusiones se centraron entonces en dos problemas: ¿la devaluación del dólar sería obtenida por una modificación de la definición en oro del dólar o por una revalorización de las otras monedas? ¿Qué nuevas paridades se establecerían entre las diversas monedas?

En Roma, y más tarde en las Azores, los norteamericanos accedieron a la demanda francesa y europea de devaluar el dólar con respecto al oro. Se trataba entonces, para los franceses y los europeos, no de obtener esta devaluación, sino de limitarla, puesto que John Conally había propuesto un 10 por 100, cifra que Giscard d'Estaing y su colega italiano no querían aceptar. Por otra parte, la revalorización del marco flotante con relación al franco comercial re-

basaba ese 10 por 100, lo cual excedía el porcentaje tolerable. El compromiso de Washington ofrece a los negociadores norteamericanos casi exactamente aquello que deseaban en cuanto a paridad monetaria. Esto no significa tampoco que los europeos hayan sufrido una derrota, de la misma forma que en las Azores no hubo victoria francesa y derrota norteamericana.

Si se admite que las paridades de las monedas europeas y japonesa fueron mal calculadas en 1949, o que se habían vuelto irrealistas —lo que parece casi indudable—, los norteamericanos no se equivocaban al reclamar las modificaciones de las paridades monetarias. La sobretasa del 10 por 100 les otorgaba un medio de presión útil, si no indispensable. El reajuste de diciembre de 1971 parece ser, en consecuencia, una de las condiciones necesarias para la reorganización del sistema monetario internacional.

Los negociadores habrían preferido quizá una revalorización un poco más débil con relación al dólar. En cambio, no querían mantener la devaluación actualmente absurda del franco respecto al marco. La separación aceptada por el ministro alemán ofrece a los exportadores franceses, con relación al pasado mes de agosto, una ventaja nada despreciable. Los norteamericanos han suprimido la sobretasa del 10 por 100 sin que los europeos les den, por el momento, satisfacción en materia comercial. Pero el margen de fluctuación de 2,25 por 100 alrededor de la paridad responde a una demanda un poco más fuerte de los norteamericanos (3 por 100).

Se trata, por lo tanto, de un compromiso cuyos amplios postulados se adivinaban desde antes del encuentro de Roma y que marca el final del primer acto. La convertibilidad del dólar en oro no será, evidentemente, restablecida. Pero, ¿qué tipo de convertibilidad será restablecida, al menos para permitir el funcionamiento del Fondo Monetario Internacional? En lo inmediato, puede preverse un reflujo de los capitales hacia Estados Unidos, pero los problemas esenciales persisten.

Finalmente, «los Diez» han aislado el acuerdo sobre el reajuste monetario de los problemas de fondo: negociaciones comerciales y papel del dólar, derechos especiales de giro. Han dejado a la suerte la posibilidad que este acuerdo espectacular y parcial cambie el clima económico y disipe el temor de una depresión. Este riesgo lo corren todos ellos, puesto que tienen un interés común en mantener los intercambios y la prosperidad. Los norteamericanos se regocijan y los europeos no están de luto; ¿por qué debería ser de otra manera? La esencia de las relaciones entre «los Diez» es una mezcla de cooperación y competencia. En las Azores y en Washington la cooperación ha triunfado. Tanto mejor. (Efe.)

Raymond ARON